



CERVANTES
DON QUIJOTE

Francisco de Quevedo
La vida del Buscón llamado Don Pablos

Alexandre Dumas

Paris





*El
vestido
de
novia*

MARIAN RIVAS

ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: mayo, 2022.

© Marian Rivas.
© ELVO Editorial.
© foto portada: Elimar Sánchez
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscuat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. legal: MA 762-2022
ISBN: 978-84-124591-2-8



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

*El
vestido
de
novia*

MARIAN RIVAS



NARRATIVA



A woman in a white wedding dress is seen from the back, looking out a window with sheer curtains. A bouquet of white roses sits on the windowsill. The scene is softly lit, creating a romantic atmosphere.

*El
vestido
de
novia*

MARIAN RIVAS

*Dedico esta historia a mis abuelas María y Lucrecia
y a todas las mujeres que vieron sus alas cortadas para soñar.*

Por vosotras.

Nos encontramos ante una historia ambientada en la posguerra española, una etapa en la que muchas familias lo tuvieron muy difícil para sobrevivir. España venía precedida de una terrible guerra en la que hermanos, amigos, primos y personas con todo tipo de lazos emocionales lucharon entre ellos durante unos años que al final dieron paso a otro duro periodo marcado por muchas carencias, entre ellas la libertad.

He querido reflejar la vida cotidiana de aquellos años a través de la historia de dos mujeres en concreto, dos mujeres que fueron luchadoras y valientes, cuyas personalidades y caracteres están inspirados en mujeres reales, algunas de ellas cercanas a mí y a las que nunca olvidaré.

La mujer fue quien más sufrió aquel sistema que la asfixiaba y relegaba a un plano muy secundario en la sociedad de aquellos años, con una fuerte dependencia de la figura masculina, pero pese a ello muchas se revelaron en la medida que pudieron y se esforzaron por intentar cambiar las cosas.

Gran parte de la trama está inspirada en situaciones verídicas que dejaron huella en quienes las vivieron y que aclaro en las notas del final.

A lo largo de esta narración he querido homenajear a las mujeres por ser grandes pilares de la sociedad, de la familia y de las personas que estaban a su alrededor y que muchas veces fueron injustamente ignoradas y relegadas al olvido.

Marian Rivas

Todas las familias tienen secretos, cartas, fotografías, diarios, joyas, historias, sucesos que se guardan celosamente escondidos en los rincones más recónditos de sus hogares. Encerrados en cajas o en cajones bajo llave.

Mi familia no iba a ser diferente. Durante un tiempo hubo una pieza de tela que, a partir de unos patrones, fue cosido con un fino hilo de seda hasta convertirse en un vestido. Ese vestido estuvo presente a lo largo de la vida de tres generaciones de mujeres muy distintas entre sí, marcándoles el comienzo y, en algunos casos el final, de sus vidas en común. Se trata, por supuesto, del vestido de novia.

*París, Francia.
Última noche*

Llevaba más de una hora en la cama y no conseguía conciliar el sueño, el recuerdo de aquellas palabras azotaba mi cabeza haciéndome hervir de rabia. Daba vueltas entre las sábanas intentando olvidar o siquiera apartar durante algunos minutos aquella conversación escuchada a hurtadillas, pero no lo conseguía. Vencida por mi propia inquietud encendí la luz. Pensé que si ocupaba mi tiempo con alguna lectura, al menos en mi mente no se reiteraría una y otra vez dicha escena:

«Nos jugábamos mucho esta noche y estoy seguro de que cualquier tipo de sospecha ha quedado disipada, le escuché decir a un hombre cuyo tono de voz me resultó familiar».

«¡Cuando te has ido has estado increíble!, dijo tía Angélica».

«¿Qué otra cosa podía hacer? Me has dejado muy claro que querías que saliese de tu vida para siempre: ¡Sor de ma maison et ne reviens jamais!, dijo divertido, imitándola».

No podía creerlo, ¿qué estaba pasando? ¿A qué estaba jugando mi tía? ¿Por qué se encontraba con aquel hombre en su habitación?

Aquella escena se repetía en bucle una y otra vez en mi cabeza, ¿sería posible que mi estancia en París se debiera a motivos que desconocía?

«Carmen ha reaccionado como pensábamos, dijo satisfecho».

«No me gusta haberla metido en esto, ya lo sabes, como le suceda algo no me lo perdonaré en la vida, ni a ti tampoco, sentenció muy seria».

Casi perdí el equilibrio cuando escuché mi nombre de camino al dormitorio. Incluso creí estar soñando pese a que en aquel momento no me había ido a dormir.

«*Nada le sucederá, todo seguirá el curso previsto. Además, estuviste de acuerdo en involucrarla*».

Esa frase fue lo último que escuché antes de marcharme corriendo a mis aposentos. No quería saber más, pero desde ese instante empecé a elucubrar en qué podía estar envuelta y en qué quería implicarme a mí.

Como me resultaba imposible conciliar el sueño decidí encaminarme hacia la biblioteca para escoger algún libro de los que tenía en castellano. Con cuidado y mucho sigilo anduve sobre la alfombra del pasillo parcialmente iluminado por la luz de la luna que entraba a través de los ventanales que daban al jardín. Giré con cuidado el picaporte y entré en la biblioteca donde su imponente retrato parecía vigilarme desde la pared.

—Tendrás que explicarme muchas cosas mañana, querida tía —le dije a su imagen—. No quiero dejar de confiar en ti.

Encendí una pequeña lámpara que había sobre la mesa llena de papeles amontonados y mis ojos se fijaron en un libro de cuidada encuadernación azul, con ribetes dorados y letras grandes y estilizadas imitando la caligrafía antigua. Me gustó tanto que lo abrí, se trataba de un ejemplar de *El jorobado de Notre Dame*, de Víctor Hugo, pensé que sería una buena historia con la que pasar la noche, o al menos gran parte de ella, si es que conseguía en algún instante abandonarme en los brazos de Morfeo. Me disponía a llevármelo cuando vi asomar el borde de lo que parecía un papel doblado entre las páginas finales del libro.

En otras circunstancias hubiera hecho caso omiso a la curiosidad y no hubiese tocado el papel. Con toda probabilidad hubiera colocado el libro sobre la mesa y escogido otro ejemplar, pero dados los recientes acontecimientos decidí liberarlo. Era una cuartilla de papel doblada, la abrí y había una lista de nombres casi todos extranjeros, en francés, bajo la palabra *Enlaces* escrita en castellano. No aclaraba nada. Cuando me disponía a dejarla en su sitio, uno de ellos atrajo mi atención como un imán: *Carmen Contreras*. Sentí que me faltaba el aire, ¿por qué estaba mi nombre? Aquello había llegado demasiado lejos, no podía quedarme de brazos cruzados, necesitaba saber.

Empecé a mirar entre aquellos documentos amontonados, pero

casi todo estaba en lengua francesa, salvo la palabra *Enlaces* de la lista de nombres. Me empezó a dar vueltas la cabeza, no iba a solucionar nada rebuscando, solo aumentaría el enigma que me envolvía. La imagen de mi madre y mi marido reprobando el comportamiento de mi tía apareció clara en mi pensamiento a modo de advertencia de que aquel viaje estaba siendo un despropósito.

No podía leer, ni dormir, por lo que decidí salir al jardín y sentarme a la luz de la luna para pensar y tratar de encajar las piezas que me ayudaran a resolver el rompecabezas en el que parecía ser una parte importante.

No sé cuánto tiempo llevaba allí cuando oí su voz a mi espalda. Era él de nuevo, Frédéric, el joven con el que departí una agradable conversación horas antes de que toda mi estancia en París se desmoronara.

—¿No puede dormir? —me preguntó acercándose.

Negué con la cabeza.

—Demasiadas emociones esta noche.

Sonrió y se sentó junto a mí, yo le devolví la sonrisa y bajé la mirada avergonzada por estar sentada en plena noche junto a un hombre que no era mi marido, en el jardín de una casa que no era la mía, en una ciudad extranjera, y lo más escandaloso de todo: vestida con un camisón.

—Es una buena novela —dijo señalando el libro que ni recordaba que llevaba conmigo.

Lo miré estupefacta pero allí estaba entre mis manos, cuando creí haberlo dejado sobre la mesa de la biblioteca.

—Sí, lo es. ¿La ha leído?

—Por supuesto, es un clásico.

Tras unos minutos de silencio en los que yo deseaba marcharme y permanecer allí a partes iguales, dijo:

—Espero que no se haya llevado una mala imagen de su estancia aquí, sería una pena.

—¿Por qué lo dice? —Le pregunté sin entenderle.

—Por eso.

Y volvió a señalar, pero esta vez a la lista con los nombres que aso-

maba tras la contraportada del libro.

Me puse nerviosa y me levanté con la intención de salir de allí mientras pedía a Dios no estar comprometiendo a mi tía con mi comportamiento.

—Tranquila, no pasa nada —dijo mientras tomaba el libro y arrebatava con delicadeza el listado de mis manos.

—¿Qué son enlaces? —pregunté con la voz temblorosa.

—No soy yo quien debe explicárselo, lo sabrá a su debido tiempo. Estese tranquila.

—¿Cómo puede pedirme eso? —pregunté cada vez más agitada mientras él intentaba apaciguarme.

—Carmen —dijo una mujer a nuestras espaldas.

Mi tía, acompañada de Pierre, avanzaba hacia mí con rictus de preocupación.

Empezó a recriminarle a Frédéric su presencia allí, y sobre todo que tuviera aquel libro con el listado en sus manos. Éste se defendía, pero en ningún momento apuntó a que lo había obtenido de mí. Mi tía le pidió a Pierre que llevase el libro y la lista a su mesa y éste desapareció del jardín adentrándose en la casa.

—Mañana tenemos que hablar, necesito que me expliques todo esto— le manifesté circunspecta, a lo que ella respondió asintiendo.

Lo último que percibí tras de mí fue a Frédéric preguntándole si peligrosaba todo el asunto, a lo que ella contestó:

—Para nada, yo me encargo de todo.

*Zarcón de las Nieves, España.
Un tiempo después.*

Nunca olvidaré aquel día, jamás podré arrancar de mi interior la mezcla de asco, miedo, pena y rabia que experimenté aquella tarde en mi casa cuando comprendí el dolor y la vergüenza que había experimentado al ver el miedo reflejado en sus ojos.

Durante unos largos y agónicos minutos, apretada contra la fría y dura pared, sintió las manos sudorosas de aquel hombre abriéndose paso a través de la envoltura que cubría su cuerpo tembloroso. Por mucho que intentó resistirse no podía zafarse de él. El empeño que había puesto durante toda la tarde para no avivar el deseo de aquella bestia fue infructuoso. Cuanto más lo rechazaba, más parecía excitarse restregándose contra ella. Su olor corporal mezclado en húmedo sudor le producían arcadas, pero no podía liberarse, nada de lo que intentaba contrarrestaba lo más mínimo a la masa de fuerza que la aprisionaba. Quería gritar, pero de su garganta no salía sonido alguno.

Casi mejor, pensó, si mi hermana contempla esta escena me culpará. Resignada esperó a que pasara, revirtiendo cada uno de sus envites, pero sin mostrar la más mínima emoción.

Cuando mi madre salió de la cocina, la expresión de su rostro me hizo pensar que había sido testigo de la más espantosa calamidad, pero ella no manifestó expresión alguna, se limitó a apartar la mirada de mí y a dirigirse con paso ligero hacia las escaleras. Un aluvión de sospechas y temores me invadieron. Aceleré el paso mientras notaba que mi corazón palpitaba como si quisiera salirse de mi pecho. Me crucé con él, que se atusaba el uniforme mientras se dirigía a las escaleras para marcharse. Me acerqué a la cocina y vi a su víctima derrotada, caída y bañada en un mar de asco y vergüenza queriendo evitar cualquier tipo

de consuelo o compasión por mi parte.

Aquel hecho supuso una inflexión para mí. Supe que no abandonaría mi cometido, se lo debía. Me prometí luchar junto a ella con todas mis fuerzas para derrotar a ese malnacido y a los que eran como él, que escudándose bajo el uniforme se comportaban de forma deplorable. No abandonaría, todas mis dudas se disiparon y por primera vez en mi vida se plantó en mí la semilla del rencor.

Un par de días después se cruzó en mi mente la fugaz idea de hacerle desaparecer, de esfumar su existencia de nuestras vidas como el humo de un cigarrillo. En una de las ocasiones en las que ayudaba a mi marido en su consulta, mi mirada se clavó en aquel botecito de cristal transparente, aquel que de verter dos o tres gotas en una taza acabaría con él de forma lenta, sin escándalos, sin ruido. Pero no podía, ella jamás me lo hubiera perdonado y puede que yo a mí misma tampoco. No debería estar en la mano de un ser humano apagar la vida de otro aunque posea los medios.

Mi tía ignoraba que no era la única que necesitaba algún tipo de salvación. Mis propios sentimientos están tambaleando mi vida, mis principios y toda mi existencia, pero debía ser fiel a mi compromiso, indestructible ante la ley y los ojos de Dios. Las cosas eran así y no se podían cambiar, yo lo sabía desde el momento en el que acepté y no iba a transgredir mi palabra.

—¿Se puede saber qué haces parada como un pasmarote? —escuché la inconfundible voz de mi madre a mis espaldas interrumpiendo mis pensamientos.

—Nada. ¿No te habías marchado?

—¡Cada día estas más rara! Igual que tu tía —afirmó con resignación antes de aclararme que se había dejado el pañuelo en la silla donde había estado sentada y volvía a por él.

Me di cuenta de que estaba sosteniendo la fotografía en la mano, había cometido la imprudencia de sacarla de su escondite seguro entre las páginas de mi libro para observarla. Aquella imagen de la que solo teníamos conocimiento mi tía y yo me impulsaba para continuar, me recordaba lo que podía haber sido, aun siendo un recuerdo de un ins-

tante que nunca existió, pero no podía permitir que nadie advirtiera su presencia y menos mi madre. No lo entendería, ¿cómo explicarle que aquel retrato tomado a instancias de todos bajo el amparo de las paredes de la casa de mi tía, era lo que me impulsaba a seguir cada día. Recordar aquel instante en el que vestía esa tela suave que dibujaba mi silueta con la imagen que habría querido tener en el día más importante de mi vida. Ese recuerdo que no tuve y me fabriqué y que guardaría para siempre en mi memoria. Con cuidado la escondí en el bolsillo de mi vestido y fui hacia ella sonriendo, aparentando normalidad.

—¿Te vas ya?

—Sí, ya me marcho —contestó sin mucho entusiasmo—. ¿Dónde está mi hermana? ¿Sigue en la cocina?

Lo cierto era que sí, pero no le iba a permitir contemplarla en dicho estado, así que le mentí afirmando que no.

Angélica se encerró en su casa durante días, apenas quería ver a nadie, mi madre cansada de su comportamiento se acercó a mi hogar para tener noticias.

Le dije que suponía que estaría cansada y que por ello estaría dejándose ver menos. Ella no perdió la oportunidad de dejar clara su postura y esa era que la desagradable escena de la que había sido testigo involuntario a su pesar, debería avergonzarnos a las dos: a ella por protagonizarla y a mí porque había pasado bajo mi techo.

Yo la miraba estupefacta sin articular palabra recordando a mi tía con la piel enrojecida de restregarse en la bañera hasta sangrar para desterrar de su piel la vergüenza y el miedo que había pasado. Recordaba cómo días después fingía estar bien; pero cuando creía que nadie la miraba, la tristeza la envolvía y volvía a sumergirse en las pantanosas aguas de la depresión. Mamá tenía su forma de pensar, para ella el honor de su hermana estaba mancillado, no había nada que hacer salvo unirse a su agresor y restablecer su honra, y así se lo había hecho saber la única vez que intercambiaron unas palabras a través de la puerta cerrada de su casa, mientras ella había rechazado la idea que le proponía de plano y mi madre esperaba que yo pudiera hacerla entrar en razón.

A mí me preocupaba mucho Angélica, temía que la aflicción por

lo vivido la hiciese caer, pero no fue así, sacó las garras que la caracterizaban gracias a la fuerza que le daba escuchar a escondidas la voz de aquella mujer cuya música adoraba y que se trajo de París, aunque aquí se consideraba subversiva. Pero entre las cuatro paredes de su sótano sentía que podía escucharla en paz. Ambas seguimos adelante, sin ser conscientes de las duras trabas que se avecinaban. Yo a veces me preguntaba si alguna vez se descubriría lo que permanecía escondido en mi sótano y que de ser descubierto sería mi fin.

ÍNDICE

<i>París, Francia. Última noche</i>	pág. 19
<i>Zarcón de las nieves, España. Un tiempo después</i>	pág. 23
<i>Capítulo I</i>	pág. 27
<i>Capítulo II</i>	pág. 63
<i>Capítulo III</i>	pág. 81
<i>Capítulo IV</i>	pág. 125
<i>Capítulo V</i>	pág. 151
<i>Capítulo VI</i>	pág. 181
<i>Capítulo VII</i>	pág. 197
<i>Capítulo VIII</i>	pág. 223
<i>Capítulo IX</i>	pág. 263
<i>Capítulo X</i>	pág. 281
<i>Capítulo XI</i>	pág. 311
<i>Capítulo XII</i>	pág. 335
<i>Capítulo XII</i>	pág. 353
<i>Capítulo XIV</i>	pág. 361
<i>Epílogo</i>	pág. 365
<i>Nota de la autora</i>	pág. 373
<i>Agradecimientos</i>	pág. 381
<i>Bibliografía</i>	pág. 385
 La autora: <i>Marian Rivas</i>	 pág. 393

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 14 de mayo de 2022
coincidiendo con el natalicio de la escritora
Concha Espina,
en cuarto creciente.





Impreso en Málaga, España.
Printed in Malaga, Spain.
Imprimé á Malaga, Espagne.





CERVANTES
DON QUIJOTE

Francisco
Quevedo

La vida
del
Buscón
llamado
Don Pablo

Alexandre Dumas

Pa

